

Domingo Amunátegui Solar

Don Andrés Bello enseña a los chilenos a narrar la historia nacional

Los padres de la Compañía de Jesús, en la época colonial, y el sabio Bello, al empezar la era republicana, encaminaron a la juventud de nuestro país en el cultivo de la historia patria.

Ovalle, Bascuñán, Córdoba y Figueroa, Olivares, Molina, Vidaurre y Carvallo y Goyeneche fueron discípulos aventajados de los convictorios jesuíticos bajo la dominación española.

Aun cuando un escritor nacional (1) ha exagerado las dotes literarias de Ovalle, Olivares y Vidaurre, la verdad es que ellos y sus coterráneos ya nombrados sólo fueron simples cronistas. . . Pero esto no amengua su mérito propio. Resalta en verdad la virtud de esos egregios varones, que, educados en una colonia tan miserable como lo era la chilena, pudieron levantarse de su modesta condición y apreciar con sano criterio y patriótico espíritu los sucesos públicos y particulares. Y esta excelencia recae naturalmente sobre sus maestros y los cubre de merecida aureola.

Independizada la Capitanía General con los triunfos de Chacabucó y de Maipo, uno de los principales empeños de los gobernantes chilenos consistió en mejorar la ilustración y cultura de los hijos del país. Y esta fué la causa del establecimiento del Instituto Nacional, fundado por los padres de la Patria en el año de 1813.

Este poderoso foco civilizador debía producir espléndidos

frutos antes de veinte años, gracias al esfuerzo de sus profesores y de los maestros extranjeros contratados por el gobierno. Las personalidades de Gorbea, de Mora, de Bello, de Sazie y de Domeyko, consagradas por largos años a la educación de la juventud, bastan para explicar los progresos que ésta alcanzó en el campo de las matemáticas, de las ciencias naturales, de las letras y de la medicina.

Pero en ninguna esfera de los conocimientos humanos llegó este adelantamiento a mayor altura, en menor espacio de tiempo, que en el cultivo de la historia patria.

Y este espléndido resultado se debió a la influencia del ilustre venezolano que en hora bienaventurada contrató el Presidente don Francisco Antonio Pinto a indicación de don Mariano de Egaña, ministro chileno en Londres.

Tal es la proposición que trataré de probar en las páginas que siguen.

Desde los primeros días de su estada en Chile, Bello se esforzó por corregir los defectos de pronunciación y de sintaxis que a menudo cometían nuestros compatriotas en el uso del idioma español, y al final de su vida tuvo la satisfacción de observar que sus lecciones no habían sido estériles y que los hijos de esta tierra eran de los que se expresaban con mayor limpieza y pulcritud entre los pueblos americanos.

De igual suerte, a él tocó la gloria de haber dotado a nuestra sociedad de un Código ejemplar, no sólo por las disposiciones que reglaban las relaciones privadas de los ciudadanos, sino también por la exactitud de los términos que distinguía a cada uno de los artículos de aquel Código y por la claridad con que ellos estaban redactados. El gramático insigne había sido un colaborador inapreciable para el jurisconsulto.

Don Andrés Bello debía ser también un maestro de primer orden para los jóvenes cultos de nuestro país en el estudio de la historia patria, dentro de las normas razonables que dicta el buen sentido y el espíritu de la más alta filosofía.

Bello empezó a dar sus lecciones en esta materia desde su sillón de rector de la Universidad, creada por la ley de 1842.

Un año más tarde, en su discurso inaugural de la institución, se expresaba en estos términos:

«La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no en-

contrará muchos sufragios en la Universidad.» «Substituir a los estudios históricos, agregaba más adelante, deducciones y fórmulas, sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones, de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas, que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el salvable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente, que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores.»

Estas justísimas reflexiones tenían una aplicación inmediata en nuestro país, cuya historia aun no había sido escrita, ni siquiera bien estudiada. Porque no podían considerarse análisis completos de los hechos de la conquista y colonización españolas las pobres crónicas de los siglos XVII y XVIII; y los trabajos aislados sobre algunos aspectos de la guerra de la independencia, emprendidos en los últimos años, carecían de la imparcialidad del juicio, y, por tanto, de la majestad de la historia.

Don Andres Bello coincidía entonces con la opinión que debía manifestar más tarde el célebre filólogo francés Ernesto Renán, cuando éste aseguraba que los historiadores no podían dar buen principio a su labor sino después que la erudición hubiera terminado la suya.

La tesis defendida por el sabio venezolano fué reforzada por él con nuevos argumentos y pruebas en los años posteriores.

Según los estatutos de la Universidad, cada año uno de sus miembros académicos debía leer en sesión solemne un discurso, o memoria, sobre la historia patria. Bello, que fué el autor de esta indicación, cuidó durante su largo rectorado de que el antedicho precepto no cayera en el olvido, y él mismo señalaba al miembro universitario que debía cumplirlo.

La composición de estas memorias dieron a Bello una brillante oportunidad para insistir en su parecer sobre la mejor manera de estudiar y narrar la vida nacional.

Antes de recordar estos juicios, que fueron notables, como nacidos de la pluma de maestro tan eximio, conviene conocer el que emitió don Andrés Bello con motivo de la llegada a nues-

tro país de la primera entrega de la *Historia Política de Chile* escrita por don Claudio Gay.

En el periódico oficial *El Araucano* se expresó el sabio venezolano en términos muy encomiásticos sobre aquella primicia del naturalista francés, quien precisamente había adoptado el método narrativo, aconsejado por Bello a los jóvenes chilenos.

No fué ésta, sin embargo, la opinión que prevaleció en algunos de los escritores contemporáneos, los cuales echaron de menos en los estudios de Gay las altas consideraciones filosóficas, entonces en boga en la literatura histórica europea.

Don Andrés Bello creyó entonces oportuno rebatir en su crítica aludida estas censuras sin fundamento.

«En cuanto, decía, a la falta de ciertas miras filosóficas elevadas, que algunos imputan como un defecto a la presente obra (1), estamos por decir que para nosotros es más bien un mérito. El prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la severidad de la historia; porque en ciertas materias el que dice filosofía, dice sistema; y el que profesa un sistema, lo ve todo al través de un vidrio pintado, que da un falso tinte a los objetos. ¿Para qué añadir, a tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador por las afecciones de que le es imposible despojarse, una nueva causa de ilusión y de error? ¿Se refieren con fiel puntualidad los sucesos, se nos dan a conocer las personas, se nos hacen ver las ideas, los intereses, las pasiones, las preocupaciones de la época? Estamos satisfechos. Haya en hora buena historias filosóficas *ex profeso*, o filosofías de la historia, que revisen y compulsen los testimonios precedentes, y los presenten bajo la forma de un drama romántico, o de una nueva teoría política, religiosa, humanística o fatalista. Don Claudio Gay no se ha propuesto ese objeto. Se ha propuesto contar con imparcialidad y verdad; y si lo ha conseguido; si las entregas sucesivas nos le muestran tan diligente en sus investigaciones, tan instructivo en sus noticias, tan circunspecto en sus juicios, como lo prometen las que hemos visto hasta ahora, es indiferente que se clasifique entre las historias o entre las crónicas, con tal que se reconozca que es una producción estimable y un servicio a que debe estarle agradecida su patria adoptiva. (2)»

(1) La primera entrega de la *Historia* de Gay.

(2) *El Araucano*, de 6 de Septiembre de 1844.

Pocos días más tardé se presentaba a la Universidad la primera memoria histórica, que el rector había encargado al más distinguido de sus discípulos, al que mejores dotes ofrecía para la carrera literaria, don José Victorino Lastarria.

El trabajo se intitulaba *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. Por desgracia, en esta obra el autor reveló poseer las condiciones de un publicista, nó las de un historiador.

Fundándose en hechos comprobados por grandes escritores europeos, Lastarria desentrañaba los rasgos salientes de la dominación española; pero no ponía de relieve las peculiaridades del régimen establecido en la Capitanía General de Chile. Más que el fruto de sus propias rebuscas, aprovechaba los estudios del abate De Pradt, la *Historia Filosófica* de Raynal, la *Historia de América* de Robertson y las *Noticias Secretas* de don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa.

Esta falta de preparación fué la causa de que un espíritu tan perspicaz como el de Lastarria incurriera en gravísimos errores.

El joven escritor fué uno de los primeros y más enconados detractores de la Madre Patria en la nueva generación republicana.

Lastarria no manifestaba la serenidad propia de un historiador, y no se detenía por cierto a considerar los obstáculos, a las veces insuperables, que estorbaron la conquista de las regiones del Nuevo Mundo, ni los nó menos graves que impedían la pronta colonización de ellas. Sólo tenía palabras de fuego para condenar los procedimientos empleados, y las funestas consecuencias de aquel régimen.

Don Andrés Bello no pudo quedar satisfecho con este ensayo; pero se cuidó mucho de censurarlo. En sus artículos de 8 y de 15 de Noviembre de 1844, que publicó en *El Araucano*, se limitó a elogiar lo que era digno de aplauso, y guardó en lo más secreto de su alma el fondo de su pensamiento.

En realidad, se trataba de la primera memoria presentada y no convenía atemorizar a los jóvenes principiantes con una crítica muy dura. Más tarde, tendría la oportunidad de revelar cuál era su verdadera opinión sobre la materia.

Eso sí, en aquellos artículos, el sabio maestro cuidó de señalar cuáles serían algunos temas dignos de prolijo estudio en la historia chilena.

«Hay, decía, mil objetos parciales, pequeños, si se quiere,

comparados con el tema grandioso de la *Memoria* de 1844, pero no por eso indignos de fijar la atención, antes por eso mismo susceptibles de aquellos tintes vivos, de aquella delineación individual, que resucitan para el etendimiento lo pasado, al mismo tiempo que suministran a la imaginación un placer delicioso. Lo que se pierde en la extensión de la perspectiva, se gana en la claridad y viveza de los pormenores. Las costumbres domésticas de una época dada, la fundación de un pueblo, las vicisitudes, los desastres de otro, la historia de nuestra agricultura, (1) de nuestro comercio, de nuestras minas (2), la justa apreciación de ésta o aquella parte de nuestro sistema colonial, pudieran dar asunto a muchas e interesantes indagaciones.» «La guerra sola, agregaba más adelante, entre la colonia española y las tribus indígenas presentaría muchos cuadros llenos de animación e interés.» (3)

«Contrayéndonos, insistía el rector, a la revolución chilena, y al peligro de las parcialidades personales, hay en ella multitud de sucesos en que puede evitarse este escollo; porque no miramos como digno de tomarse en consideración el de herir algún amor propio, el de reducir a sus justos límites alguna pretensión exagerada: sucesos como la ocupación de Rancagua, por ejemplo, con sus escenas de encarnizamiento y de atrocidad, que la historia no debe olvidar; como la batalla de Chacabuco, con sus antecedentes tan curiosos, tan pintorescos; y con su repentina peripecia en la suerte de los vencedores y de los vencidos; (4) como la jornada de Maipo, con su ansiosa expectativa, sus dudosos lances, y su regocijado triunfo; y como tantos otros a que sólo la generación contemporánea puede dar la vivacidad, el frescor, el movimiento dramático, sin los cuales los trabajos históricos no son más que generalizaciones abstractas o apuntes descoloridos.»

La segunda memoria histórica fué escrita por don Diego José Benavente con el título de *Las primeras campañas de la guerra de la independencia*.

La principal base de este trabajo era el *Diario Militar* de

(1) En 1862 don Claudio Gay debía publicar en París un hermoso libro, en dos tomos, sobre esta materia recomendada por Bello.

(2) El fecundo y brillante escritor don Benjamín Vicuña Mackenna debía realizar estos temas propuestos por el Rector en algunos de sus libros.

(3) En nuestros días, el profesor don Tomás Guevara publicó, en 1898, una extensa obra sobre esta materia, con el título de *Historia de la civilización de Araucanía*.

(4) Don Miguel Luis y don Gregorio Victor Amunátegui dieron a luz en 1851 su memoria *La Reconquista Española*, que abraza desde Rancagua hasta Chacabuco.

don José Miguel Carrera, que se hallaba inédito. El tema escogido y el documento que había servido de guía al autor bastaban para asegurar el feliz éxito de la *Memoria*.

Ella ofrecía, sin embargo, otro gran mérito. Sus capítulos estaban perfectamente distribuidos, y era digna de aplauso la moderación en los juicios, aun cuando Benavente había sido uno de los actores del drama.

Barros Arana estima que la obra indudablemente había tenido por corrector al propio don Andrés Bello; pues el arte de la narración y la limpieza del lenguaje no podrían atribuirse a nadie sino a él. Benavente carecía de toda práctica literaria.

La *Memoria* indicada, por lo demás, había sido compuesta de conformidad con las normas aconsejadas por el rector.

La tercera memoria universitaria, dada a conocer en la sesión solemne de 11 de Octubre de 1846, se debió a la pluma de don Antonio García Reyes. Ella refería las hazañas de la *Primera Escuadra Nacional*; y desde las páginas de *El Araucano* mereció entusiastas elogios de Bello, quien hizo leves observaciones sobre la falta de corrección en el lenguaje.

La cuarta memoria, en cuya redacción definitiva debió sin duda tomar parte el eximio literato que era el rector de la Universidad, fué la obra de don Manuel Antonio Tocornal, quien leyó la introducción de su trabajo en Noviembre de 1847.

Esta memoria, que trataba de la organización del primer gobierno nacional, o sea, de la junta nombrada en 18 de Septiembre de 1810, como la anterior de García Reyes, recibió calurosa recomendación de don Andrés Bello.

Benavente, García Reyes y Tocornal habían seguido estrictamente los consejos de aquel sabio maestro, y hasta entonces el único disidente era don José Victorino Lastarria.

Este ilustre publicista, en vez de cambiar de rumbos, creyó oportuno acentuar sus opiniones; y con motivo de un certamen abierto por la facultad de humanidades, se presentó a él, en el mismo año de 1847, con un libro titulado *Bosquejo histórico de la Constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución*, en el cual, como en su primera memoria, se extendía en consideraciones políticas y filosóficas, sin un examen completo de los hechos.

Pero el estudio de Lastarria tenía un mérito positivo, no sólo desde el punto de vista literario, sino también en el cam-

po de la sociología. En considerable modo, las reflexiones de Lastarria, aunque no se apoyaban en documentos a la vista, tenían un fondo de verdad.

Por otra parte, eran tan escasos entonces los buenos escritores que un trabajo de las condiciones del *Bosquejo Histórico* no podía menos de causar buena impresión en el ánimo de los lectores.

Así se explica que la comisión informante de la facultad, formada por don Antonio García Reyes y don Antonio Varas, amigos y colegas de Lastarria, a las vueltas de algunos reparos, concordantes con las doctrinas de Bello, opinara que la memoria era acreedora al premio.

No quedaron conformes con este dictamen algunos devotos de Lastarria; y, entre otros, don Jacinto Chacón publicó un prólogo al *Bosquejo*, en que trata de defender las teorías sustentadas por el autor.

En el juicio que dió en *El Araucano*, al año siguiente, don Andrés Bello, al mismo tiempo que elogiaba el trabajo de Lastarria, creyó necesario refutar al prologuista, a quien acusó de inconsecuente.

«El señor Chacón ha reconocido, escribía, que «la formación de la historia constitucional, que no es otra cosa que el desenvolvimiento progresivo del orden de principios sobre que descansa la sociedad, no debió aparecer sino después que la ciencia de la historia, pasando por todos sus grados sucesivos desde el simple cronista hasta el filósofo que descubre las leyes de rotación de la humanidad, hubo llegado a su último desarrollo.» Admitiendo estas ideas, estamos autorizados para deducir que, en Chile, como en Europa, los estudios históricos deben andar el mismo camino, desde la crónica que nos da el inventario de los sucesos hasta la filosofía que los concentra y resume, y hasta la historia constitucional, que es, según el modo de pensar del señor Chacón, la última expresión de esa filosofía.

«¿En qué se funda, pues, el desdén con que el ilustrado autor del prólogo ha mirado el deseo de los comisionados? . . . Hay aquí algo de inconsecuente, o a lo menos de obscuro; y la inconsecuencia o la obscuridad sube de punto, comparando aquellas líneas con otros pasajes. Si era forzoso que la historia constitucional apareciese después que la ciencia histórica hubiese caminado paso a paso desde la crónica hasta la más sublime filosofía y hasta la historia de la Constitución, que es

el último término, ¿cómo es posible que el *historiador político estudie en la escuela del historiador constitucional, y aprenda en ésta a comprender los hechos antes de empezar a contarlos?*»

«Poner en claro los hechos, agregaba el egregio maestro, es algo más que apuntarlos en sumarios desordenados, que no penetran más allá de su parte exterior, tangible. Poner en claro los hechos es escribir la historia; y no merece este nombre sino lo que se escribe a la luz de la filosofía, esto es, con un conocimiento adecuado de los hombres y de los pueblos, y esta filosofía ha existido, ha centelleado en las composiciones históricas mucho antes del siglo XIX.»

«Bernal Díaz del Castillo, apuntaba Bello, es, si se quiere, un mero cronista. Y con todo eso nos inclinamos a creer que ninguna síntesis, ninguna colección de aforismos históricos, nos hará jamás concebir tan vivamente la conquista de América, los hombres que la llevaron a cabo, el espíritu de la época, las costumbres, el corazón de la sociedad bajo una de sus fases más extraordinarias, como aquella serie de animados cuadros y de palpitantes retratos que nos exhibe «el regidor perpetuo de la ciudad de Guatemala» con su sentido común, su relación candorosa, su estilo rastrero, y sus desaliñadas cuanto pintorescas frases, que están en constante transgresión de las reglas gramaticales. La verdadera filosofía de la historia no es una cosa tan nueva, como algunos piensan. Los siglos XVIII y XIX la han dado una nomenclatura, un encadenamiento riguroso; la han hecho una ciencia aparte; pero para los que no han estudiado los hechos, las individualidades, esas deducciones sintéticas de nada sirven, a no ser que se crea que vale algo una memoria poblada de juicios ajenos, cuyo fundamento se ignora, o sólo se vislumbra de un modo superficial y vago.»

Los que acaban de leerse eran los párrafos fundamentales de la crítica de don Andrés Bello; pero ellos bastan para desconceptuar por completo las teorías expuestas por Chacón en su famoso prólogo.

Don Jacinto Chacón trató de refutar las opiniones de Bello en *El Progreso*, el primer diario de Santiago, fundado en Noviembre de 1842 por el célebre publicista argentino don Domingo Faustino Sarmiento; y en el número de 25 de Enero de 1848 empezó a publicar una larga disertación sobre la materia.

Bello, por su parte, reforzó sus argumentos en *El Araucano* en dos sustanciosos artículos, el primero con fecha 28 de Enero y el segundo en 4 de Febrero del mismo año.

En apoyo de su tesis, el sabio rector citó profundas disquisiciones de los escritores contemporáneos Carlos du Rozoir, Agustín Thierry, Leonardo Sismondi, Francisco Villemain, y el barón de Barante, y contradujo con concluyentes razones los reparos del profesor Chacón.

En el segundo de sus artículos don Andrés Bello manifestó que Chacón había sacado de sus quicios la cuestión discutida.

«No se trata, dijo, de saber si el método *ad probandum*, como lo llama el señor Chacón, es bueno o malo en sí mismo; ni sobre si el método *ad narrandum*, absolutamente hablando, es preferible al otro: se trata sólo de saber si el método *ad probandum*, o más claro, el método que investiga el íntimo espíritu de los hechos de un pueblo, la idea que expresan, el porvenir a que caminan, es oportuno relativamente al estado actual de la historia de Chile independiente, que está por escribir, porque de ella no han salido a luz todavía más que unos pocos ensayos, que distan mucho de formar un todo completo; y ni aun agotan los objetos parciales a que se contraen. ¿Por cuál de los dos métodos deberá principiarse para escribir nuestra historia? ¿Por el que suministra los antecedentes o por el que deduce las consecuencias? ¿Por el que aclara los hechos, o por el que los comenta y resume? La comisión ha creído que por el primero. ¿Ha tenido o nó fundamento para pensar así? Esta y no otra es la cuestión que ha debido fijarse.»

En este trozo el insigne maestro planteaba y resolvía el problema en forma concluyente. Y así lo juzgaron, no sólo la mayoría de los discípulos de Bello, sino también los literatos argentinos que se hallaban asilados en Chile, para precaerse de la tiranía de Rozas.

«Teníamos la desaprobación, anota Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*, de los primeros escritores que figuraban en aquel tiempo, entre los chilenos, García Reyes, Varas, Sanfuentes, Tocornal, Benavente, toda la Universidad; y, entre los americanos que nos auxiliaban con sus luces, don Andrés Bello, García del Río, López, Sarmiento, Alberdi, Piñero, Peña. . . .»

Después de la memoria de don Manuel Antonio Tocornal sobre el *Primer gobierno nacional*, es digna de recordarse la de don Salvador Sanfuentes, que llevaba el título siguiente: *Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*.

Don Andrés Bello había designado a don Antonio Varas para que escribiese la memoria de 1850, y Varas había empe-

zado a estudiar los documentos del caso; pero, en estas circunstancias, fué nombrado ministro del interior, a 19 de Abril de aquel año, y renunció al honroso encargo. El rector eligió entonces a Sanfuentes para que le reemplazara. (1)

Tocornal, García Reyes y Sanfuentes pertenecían a la generación de 1817, de la cual formaron parte ciudadanos tan distinguidos como el geógrafo don Francisco Solano Astaburuaga y los respetables eclesiásticos monseñor don José Ignacio Víctor Eyzaguirre y el prebendado don Francisco de Paula Taforó.

A continuación de Sanfuentes, tomaron a su cargo la narración de la historia patria los jóvenes de generaciones posteriores, que, aun cuando no habían recibido lecciones directas de don Andrés Bello, respetaron sus indicaciones y ajustaron sus trabajos a las normas indicadas por él.

En este caso se encuentran don Domingo Santa María y don Federico Errázuriz Zañartu, del año 1825; don Miguel Luis Amunátegui, de 1828; don Diego Barros Arana y don Gregorio Víctor Amunátegui, de 1830, y don Melchor Concha y Toro, de 1834; todos los cuales presentaron memorias universitarias, durante el decenio comprendido entre los años de 1853 y 1862.

Para que esta nómina de autores sea completa es necesario citar al más ameno, al más fecundo y al más brillante (2) de los historiadores de su tiempo, a don Benjamín Vicuña Mackenna, quien, aunque ingresó a la facultad de humanidades en 1862, no presentó a la Corporación una memoria histórica sino seis años más tarde.

Esta fué la que lleva por título *La guerra a muerte* y encierra como tema principal las campañas del caudillo realista Vicente Benavides

En su copiosa producción histórica, Vicuña Mackenna no se amoldó a las pautas aconsejadas por Bello, ni, menos aun, a las seguidas por Lastarria. Fué un escritor completamente independiente y original, que, a pesar de las divagaciones de su pluma, publicó numerosos documentos interesantes, evocó con colorido inimitable hombres y cosas del pasado, y prestó así grandes servicios a la narración de la historia de Chile.

En los libros de Vicuña Mackenna predominaba la imagi-

(1) Amunátegui. *Don Salvador Sanfuentes*. Edición de 1892.

(2) Juicios de don Gabriel René Moreno.

nación, y, a menudo, en la rapidez con que redactaba, cometía graves errores, desmentidos por las piezas justificativas que aparecían en el apéndice de cada uno de sus volúmenes.

No era, pues, un discípulo dócil a las recomendaciones del maestro. El siempre campeaba por su cuenta y riesgo, impulsado por el corcel indómito de su voluble espíritu.

A pesar de las rebeldías de Lastarria y de los extraños caprichos de Vicuña Mackenna, debía predominar el criterio maduro y reflexivo de don Andrés Bello en la mayoría de los jóvenes que se dedicaban al cultivo de la historia.

El resultado no pudo ser más espléndido.

La historia de Chile es la mejor estudiada entre todas las de las repúblicas hermanas.

Nuestra vida nacional ha sido narrada bajo sus diversos aspectos, con extraordinaria escrupulosidad y de un modo completo.

Conocemos el desarrollo público y privado de nuestra sociedad en todas sus formas: político, social, constitucional, eclesiástico, agrícola, militar y naval. En nuestras bibliotecas se guardan estudios minuciosos del movimiento intelectual, pedagógico y periodístico. En el presente siglo, se han publicado una interesantísima reseña de los naufragios ocurridos en las costas de Chile y una historia sismológica de los Andes Meridionales.

Esta inmensa obra se debe al impulso dado en la pasada centuria por el ilustre fundador de nuestra Universidad.